

cita; y el archiduque Carlos, tras larga y penosa marcha, no arribó al campamento de Bonnaud hasta medio día, y aunque sus tropas, fatigadas y jadeantes por lo largo del camino y los rayos de un ardiente sol, se lanzaron como fieras contra los franceses no bien los vieron y los rechazaron hasta los muros de Lille, no consiguieron derrotarlos por completo poniéndolos fuera de combate. Por la noche, cuando el disparo de cañón dejó de oírse en aquel vasto campo de batalla, ni el Archiduque, ni Walmoden, ni Clerfait habían cumplido su cometido, á consecuencia de lo cual, Otto y York, que habían penetrado muy adelante en las filas enemigas con ocho mil hombres cada uno, se hallaron en situación muy peligrosa.

La cual supieron aprovechar los franceses. El mismo diez y siete de Mayo por la noche, cuando el plan de ataque de los aliados se dejó ver claramente, celebraron consejo en Menin los generales Souham, Moreau, Macdonald y Reynier. Era Souham de talla gigantesca, fuerza hercúlea, valor á toda prueba, inteligencia viva y sano juicio, las cuales prendas le habían valido, desde el comienzo de la Revolución, una autoridad indiscutible sobre sus compañeros, y cuando se rompió la guerra, la rápida conquista de todos los grados, siendo á los treinta y tres años general de división. Los soldados decían que jamás serían vencidos bajo su mando, y un agente ministerial escribía á Carnot: «que aplastaría á Pitt y Coburgo como peras pasadas.» Así se comprende lo que pasó en el consejo. Reynier propuso lanzar por varios puntos á la vez masas aplastadoras sobre Tourcoing y aniquilar á los aliados del centro antes que sus alas pudiesen enviarles socorro; Souham opinó de la misma suerte, y esto bastó. La proposición fué aprobada por unanimidad, é inmediatamente se envió á pedir auxilio á Osten y Bonnaud. Los cuarenta mil hombres que habían pasado el Lis, retrocedieron á toda prisa á Courtrai, para caer por el Norte sobre Tourcoing y el flanco derecho de Otto. Moreau se situó frente á Clerfait, cerca de Werwick, con ocho mil hombres, lo que permitió á los doce mil que el duque de York había batido la víspera, recobrar los lugares perdidos. Por último, Bonnaud, dejando cerca de Lille unos ocho mil hombres para vigilar al Archiduque, se puso en marcha hacia las cuatro de la madrugada con otros diez y ocho mil, para atacar por el Sur á Roubaix y el ala izquierda de York. Por estas medidas, las dos columnas del centro de los aliados viéronse, al rayar el alba, atacadas de repente por fuerzas que les eran en número cuatro veces superiores.

Desde el primer instante, la posición de los aliados fué desesperada. Después de corto pero vivo combate, Tourcoing cayó en poder de los franceses. Entonces, el general Monfrault se situó á campo raso detrás de la ciudad, y allí, aunque hostilizado de cerca, sostuvo durante tres horas una lucha descomunal. Sus tropas formaron en cuadro, en el que se estrellaron todos los asaltos de las columnas francesas. Del mismo modo, en Watrellos, los guardias heseses resistieron con raro denuedo, hasta las ocho de la mañana, en que, escasos de municiones, se retiraron pausada y ordenadamente, bajo un fuego in-

cesante, detrás del arroyo de Espierre, donde, en el instante de pasarlo la retaguardia, unos caballeros, escapados, perseguidos por cazadores franceses, hicieron de lejos señales de auxilio; á su cabeza iba el Duque de York, el cual rechazado en Mouveaux y creyéndose perdido, había entregado á Abercromby el mando de la columna y huído á campo traviesa y por entre las filas enemigas, hacia Watrellos, debiendo su salvación no más que á la velocidad de su caballo. Era tal su aturdimiento que pasó el arroyo á nado, teniendo á la vista un puente, y no bien ganó la orilla, hincó la espuela, desapareciendo como alma en pena, en dirección al cuartel imperial. Los heseses, que habían vuelto la cara al enemigo para salvar al duque de York, se rehicieron una vez pasado el arroyo, y siguieron resistiendo á los repetidos ataques de los franceses durante la mayor parte del día, con lo que salvaron los restos de la columna de Monfrault, la cual se mantuvo detrás de Tourcoing hasta las nueve de la mañana, hora en que empezó á retirarse, primero con orden, mas luego, cada vez más acosada y cogida al fin por el flanco, confusamente, desbandándose los batallones y echando á correr todo el mundo camino de Tournai. En esta carrera hubieron de pasar por delante de las posiciones de los heseses, y es claro que si éstos hubiesen cedido, los fugitivos habrían tropezado con tropas enemigas y ni uno solo hubiese quedado con vida. Ejemplos no menos notables de valor dieron la columna del general Abercromby, en Mouveaux, y los guardias de Corps, en Lannoy, repitiéndose aquí el caso de que la resistencia de los unos salvase la vida á los otros. Las tropas inglesas parecían como clavadas en el suelo, y cuando Abercromby dió la señal de retirada, la efectuaron lentamente hasta Roubaix, donde volvieron á empezar con la misma sangre fría porfiado combate. Cercados de enemigos por todas partes, habrían perecido estos valientes si los guardias de Corps heseses, situados en Lannoy, no hubiesen sostenido sin ceder un paso, una lucha de siete horas contra fuerzas ocho veces superiores, defendiendo el único punto por donde los ingleses podían retirarse. A las diez aparecieron éstos, tan quebrantado ya su ánimo, que cedieron al ataque de un regimiento de caballería, arrojando las armas y huyendo hacia Tournai. Los heseses se mantuvieron aun hasta la una de la tarde, en que, agotadas sus municiones, se abrieron paso con la punta de la bayoneta por entre las compactas masas del enemigo, en cuyas manos dejaron, entre muertos y prisioneros, la tercera parte de los suyos.

Tal fué la batalla de Tourcoing, que decidió de esta campaña y valió á la República francesa la conquista de Bélgica. Cuando por la noche se encontraron en el cuartel imperial los jefes aliados, se preguntaron los unos á los otros qué había sido de las columnas del archiduque Carlos y del general Kinski, que desde el diez y siete se hallaban en los alrededores de Lannoy oyendo el ruido del cañón y viendo el humo de la pólvora, y que sin embargo, no se habían movido de su sitio, como indiferentes á la suerte de sus compañeros. El Archiduque y el General pretextaron enfermedad; no hubo otra enfermedad que el egois-



mo y error juntamente del Emperador, el cual parece que trató de sacrificar á los aliados para economizar sus propias fuerzas, sin pensar en que con ello aseguraba la victoria al enemigo. Que si no puede afirmarse que la oportuna y enérgica intervención del Archiduque habría cambiado la faz de la jornada transformando la derrota en victoria, tampoco puede negarse si se considera que los franceses, con ochenta mil hombres, necesitaron de doce largas horas para batir á diez y seis mil. Lo menos malo que podía resultar de esta conducta del Emperador es alargar la campaña, con lo que les hacia el juego á los franceses, cuyas fuerzas aumentaban con continuos refuerzos á despecho de las pérdidas, al paso que las de los aliados, no recibiendo auxilios, iban disminuyendo con las víctimas que caían á diario. Por otra parte, los bisoños soldados franceses se instruían y aguerrián en cada combate, mientras que, del lado de los aliados, cada soldado que caía era un viejo guerrillero perdido para siempre, y como los que primero caían eran los mejores, por exponerse más al peligro, disminuía á toda prisa el valor de conjunto. En estas circunstancias, solamente con una gran superioridad de acción, solamente dispersando por rápidos y vigorosos golpes las masas enemigas, habrían podido los aliados inclinar la balanza á su favor; sin esto, el peso mismo de aquellas masas había de asegurar la victoria á los revolucionarios. Mas lejos de seguir esta táctica, los aliados se mostraron siempre por todo extremo indecisos y morosos, desaprovecharon como por sistema todas las coyunturas favorables. Ya en los comienzos de la campaña, había dejado escapar el Emperador la ocasión de una victoria; la despreció segunda vez, después de la caída de Landrecies, ahora, en la tarde del diez y ocho de Mayo, volvió á perderla de nuevo y para siempre.

No tardaron las tropas en dar elocuente prueba de que no había sido su debilidad la causa de la derrota. En la noche del diez y ocho de Mayo, reinaba en el campamento de los aliados, junto á Tournai, espantosa confusión, profiriendo los soldados de York y de Monfaut amargas quejas y mostrándose dispuestos á sublevarse. Sabe Dios en qué habría parado aquello si Pichegru, que había regresado del Sambre, hubiese continuado la persecución. Pero el general francés se estuvo tres días indeciso, tiempo bastante para que los aliados se repusiesen, reuniesen sus tropas, extendiesen y fortificasen algún tanto sus posiciones; y cuando el veintidós Pichegru rompió el ataque con todas sus fuerzas y en toda la extensión de las líneas enemigas, se trabó encarnizado combate, que duró más de doce horas, una segunda gran batalla, en la que los hanoverianos, especialmente, desplegaron un valor admirable, al punto que, llegada la noche, los franceses hubieron de ceder en todos los puntos y batirse en retirada, dejando en el campo cinco cañones y más de cinco mil hombres. Este triunfo hizo olvidar por completo á los aliados el fracaso del diez y ocho, y el mismo Emperador se regocijó y concibió por vez postrera risueñas esperanzas acerca del porvenir reservado á la guerra.

Pero la inutilidad de esta nueva efusión de sangre era evidente para todo hombre ob-

servador. Éralo, sobre todo, para Thugut, resuelto á provocar, sin más contemplaciones, un cambio en la política austriaca. El veintitrés de Mayo había firmado en Valenciennes con el embajador de Cerdeña un tratado, comprometiéndose las dos potencias á continuar juntas sus esfuerzos contra los franceses, con el pacto de que las provincias que lograsen conquistar á éstos se anexionarían á Cerdeña y de que ésta cedería al Austria, en el territorio piemontés, una porción equivalente á la mitad de lo conquistado. No dejaba de halagar á Thugut la perspectiva de ver al Austria extenderse por la Lombardía; pero le importaba mucho más la insurrección de Polonia y la entrada del ejército prusiano en el territorio polaco. El veinticinco de Abril, la emperatriz Catalina comunicó á Francisco II cuán necesario le era el socorro de Prusia, y añadía que, lejos de pensar en atacar á Turquía, se hallaba en el caso de prevenirse contra un ataque por parte de esta potencia. Por el mismo tiempo, el jefe de la insurrección polaca, Cosciusco, asustado por la aproximación de las tropas prusianas, ofrecía al Archiduque gobernador de Galicia entregar Cracovia al Austria, si ésta se comprometía á quedar neutral en la guerra de Polonia. Thugut recibió estas noticias á mediados de Mayo, casi al tiempo en que se estaba librando la batalla de Tuorcoing, y urgía tomar una decisión. En tales circunstancias, nada tan funesto para el Austria, á juicio de Thugut, como la ausencia de su ejército principal, siendo necesario, por tanto, trasladar este ejército al territorio alemán, para imponerse á Prusia y procurar de este modo, en el Este de Europa, una completa libertad de acción á la política austriaca. Estas ideas de Thugut llegaron á dominar ahora en la corte y consejo del Emperador, al punto que el príncipe de Waldeck declaró sin ambages á Francisco II, que era imperdonable á sus ojos sacrificar por más tiempo las fuerzas del imperio en un teatro remoto, donde su ruina era cierta, en vez de emplearlas útilmente en el centro de Alemania, y diciendo y haciendo, se opuso á que se hostilizase de ningún modo á los franceses, los cuales pudieron recobrar impunemente, á la vista de sus vencedores, los cañones que habían abandonado la víspera, con lo que no hay para qué decir cuánto no aumentó la irritación que los ingleses y hanoverianos sentían desde el diez y ocho de Mayo contra los austriacos. Por esto y por ciertas frases imprudentes que Thugut dirigió al representante de Inglaterra, Elgin, surgió en todos los ánimos la sospecha de que el ministro imperial estaba de acuerdo con Robespierre, siendo la base de esta inteligencia que Francia conservaría la Bélgica á cambio de ayudar al Emperador á apoderarse de Baviera. Sin importarle un ardite estos dichos, Thugut entregaba al Emperador los despachos que se recibían de Viena y de Cracovia, haciendo resaltar toda su gravedad y proponiéndole, en consecuencia, que regresase á Viena para resolver la cuestión polaca, mucho más importante para el imperio que la guerra de Francia. Pero Francisco II, ganoso ahora más que nunca de combatir á los jacobinos, se resistía, entablándose entre el Ministro y el Emperador la misma contienda que habían sostenido en Berlín, Manstein y Federico Guill-



mo II. Es de notar que, en uno y otro caso, los soberanos simpatizaban con la defensa de los intereses generales, con la gran alianza, combatiéndoles los ministros en nombre del egoísmo y de la ambición, y que ahora, como antes, las miras particulares ó interesadas triunfaron de los deseos personales de los monarcas.

El veinticuatro de Mayo, Coburgo recibió del Emperador la orden de reunir en Consejo de guerra á todos los generales, para inquirir de qué manera se podrían salvar los intereses de Flandes de la total ruina, en el supuesto de que siguiera favoreciéndoles la victoria en el Sambre. El modo de plantear la cuestión ponía bien á las claras los deseos del Gabinete, á los que se apresuró á corresponder el Consejo, opinando todos los generales, sin más excepción que el duque de York, que no era posible defender por más tiempo á Bélgica y que á todo trance había que evacuarla. Por grados procedió el Emperador á ejecutar este acuerdo. Primeramente, envió al Archiduque palatino, en Lemberg, la orden de que procurase obtener de los polacos, por medio de vagas promesas, la cesión de Cracovia; luego, prometió un socorro valioso á Rusia para sofocar la insurrección polaca, mediante previo acuerdo entre las dos cortes imperiales, ofreciendo, para establecerlo, regresar inmediatamente á la corte; por último, hizo anunciar al ejército, en la orden del día, que iba á visitar brevemente las tropas acampadas en el Sambre y á concertarse en Bruselas con los Estados, para marchar en seguida á Viena, á donde le llamaban asuntos importantes. Este manifiesto causó general consternación, no dudando nadie, á pesar de las ofertas imperiales, que el ejército no marchase tras su soberano. El temor, la cólera, la confusión pintáronse en todos los semblantes. Los unos se ocupaban en esconder los objetos preciosos que poseían; los otros se disponían á huir no bien se retirasen las tropas. Los resortes de la administración comenzaron á relajarse, y los caminos á cubrirse de emigrantes. «Por doquier, dice un testigo ocular, el país presentaba la imagen del caos.»

Aun en el supuesto de que los franceses ignorasen todos estos sucesos, bastaba la nueva disposición de las fuerzas aliadas para no dejarles ninguna duda sobre lo que debían hacer. Cuanto más importancia adquiriese la lucha sobre el Sambre, tanto más necesario era acercar á esta parte su ejército principal, ó sea, volverse al Este, perseguir á Coburgo y coger de esta suerte entre dos fuegos á sus adversarios. Mas lejos de esto, Carnot dió á Pichegru, inmediatamente después de la batalla de Tourcoing, la orden de llevar lo principal de sus fuerzas hacia la costa, y al efecto, tomar ante todo á Ipres y Brujas. Desde el punto de vista militar, esta medida, que permitía al enemigo rehacerse, tal vez renovar el ataque, ó cuando menos retirarse con seguridad, no puede justificarse ni se explica, sino en el supuesto de que el Comité de Salvación Pública quisiese guardar consideraciones al Emperador. Pichegru obedeció; dividió sus tropas en cinco cuerpos, de los cuales destinó dos á vigilar á Coburgo; uno á tener á raya á Clerfait, y con los otros puso sitio á Ipres. Componían la guarnición de esta plaza seis mil bravos, que disputaron al

enemigo cada pulgada de terreno al precio de heroicos sacrificios; pero los mandaba una nulidad, el general imperial Salis, debilitado por el peso de los años, que en el segundo día de bombardeo se puso á cubierto de los proyectiles metiéndose en el cuartel, del que no salió ya durante el sitio. Dos veces trató Clerfait de ir al socorro de la plaza; las dos le cerró el paso Souham, con fuerzas muy superiores á las suyas. Tampoco Coburgo pudo moverse. El diez y siete de Junio, agotadas las municiones, Salis reunió en consejo á los oficiales, quienes, reconociendo la imposibilidad de sostenerse por más tiempo, propusieron abrirse paso rompiendo las filas enemigas; Salis rechazó con enojo la propuesta, y se acordó entregar la plaza, con la condición de salir la guarnición libre. La noticia, divulgada en breve, de que el comandante había firmado sin resistencia la capitulación haciendo á la guarnición prisionera, llenó de indignación á los soldados, los cuales se amotinaron, pidiendo que se les condujese al enemigo para romper sus filas. Pero no se encontró un Hammerstein. El diez y nueve salieron los sitiados de la ciudad con el ceremonial de costumbre, siendo saludados por los franceses con los alegres aires de sus músicas; mas cuando se les ordenó presentar las armas antes de entregarlas al enemigo, los soldados abandonaron las filas, rompieron los fusiles, rasgaron las banderas y arrojaron los pedazos á los pies de los franceses, profiriendo maldiciones y derramando lágrimas. «Ahora que el símbolo del honor ya no existe, decían, nos quedamos tranquilos.» Un murmullo de aprobación salió de las filas de los vencedores. «¡Vivan los valientes!», gritaron los soldados, y hasta el general Moreau recorrió con la cabeza descubierta el frente de la columna, repitiendo: «¡Son bravos, que merecen mejor suerte!»

En los primeros días de Junio, salió el emperador Francisco II para Viena, encargando á Coburgo, en primer término, la conservación de los soldados y el mantenimiento de la disciplina, con lo que daba á entender bien claro, que no era ya la defensa del país el objeto de su solicitud, sino el buen estado de las tropas. Ahora precisamente, cuando su adversario se retiraba de la lucha, concibió Carnot el primer pensamiento verdaderamente atrevido y fecundo que caracterizó esta campaña: ordenó á Jourdan, que acababa de conducir cincuenta mil hombres del Mosela al Mosa, juntar su ejército al de los Ardenes para sitiar á Charleroy, y obtuvo del Comité de Salvación Pública, contra el parecer de Saint-Just, un decreto confirmando la reunión de los dos ejércitos, con el nuevo nombre de ejército del Sambre y Mosa, y confiriendo el mando de éste á Jourdan bajo la suprema inspección de Pichegru. Previo acuerdo con los comisarios de la Convención, Jourdan dispuso el ataque para el doce de Junio. Pasó el Sambre á la cabeza de sesenta mil hombres. Encomendó á la división Hatry, compuesta de ocho mil, la tarea de sitiar y bombardear á Charleroy, y para proteger á los sitiadores, repartió el resto en tres masas, que situó en un espacio de cuatro leguas, quedando separadas unas de otras por arroyos, bosques y desfiladeros. Al ver esta disposición de los ofensores, Orange se animó á intentar